



EZEQUIEL CUARTAS MADRID
MESSENIANA

Y tú también...

Tú también, joven lidiador, también caíste.

Apoyado en tu espada rota, herido, prisionero, torturado, mirando cara á cara al enemigo exhauste el último suspiro, sin que nada faltara á tu pasión, ni la sangrienta befa del contrario.

Así, joven, esbelto, con el tipo ideal de la belleza heroica te verá la Historia colombiana como uno de esos guerreros jóvenes que caído sobre el escudo, inmortalizó el cincel en las métopas del Partenón.

Amado de los dioses te habría dicho el griego. Amado de la gloria te digo yo. Sagrado amor de una quimera, epitalamio con una sombra que se desflora en la tumba con un beso de luz!

Y, eras un pensador, un pensador austero. Un tribuno, un escritor, un poeta...

Sublime enamorado del ideal, todo marcaba en tí la predestinación al martirio.

Me parece ver alzarse tu figura del fondo del recuerdo...

Alto, fornido, nervudo; busto hecho para la inmortalidad del mármol. Trigueña la color, imberbe el rostro, romana la nariz, amplia la frente, ensortijado el cabello, sobre los labios esa sonrisa triste que era como el perfume de tu alma; en los ojos esa mirada fiera que era como la lumbre de tu genio.

Sañador indomable, tú como el insurrecto hebreo, entrabas en la plena juventud de la vida y podías haber dicho á tus verdugos como Camilo Desmoulins á los suyos: Tengo la edad del descamisado de Judea.

Con esa serenidad de tu carácter, que era casi una tristeza del alma; con una gravedad prematura, como la gravedad de Fabricio; un fondo de uz en el ensueño; un rayo de melancolía en los ojos, atravesaste los treinta años de tu vida dejando caer las flores soberbias de tu ingenio en los oscuros valles de la proscripción, dando su

perfume en medios incultos, como esas grandes flores deshojadas, sobre las cuales cae el rayo de la luna en las quebradas profundas de una selva americana.

Julio Simón en su electicismo anémico exclamaba un día: «¿Cómo esperar que esta generación que no cree en Dios, crea en el deber y el sacrificio?»

Tú le has respondido gloriosamente. Eras ateo. Y, ¿qué culto al deber iguala al culto tuyo? ¿Y qué sacrificio de creyente superará ese de tu alma heroica insensible á los miedos del deísmo? Eras no de una generación, sino de un grupo, que brotó al soplo de la nueva filosofía, espíritus radiosos, que nacieron en la sombra de la patria como esos dioses indios que la mitología hace nacer en el silencio de las grandes selvas indostánicas, surgiendo del cáliz sagrado al entreabrirse las hojas pálidas del loto.

¡Generación infortunada, á quien le tocó vivir cuando la libertad moría; que sólo alcanzó á ver las debilidades de los suyos y las audacias de los contrarios; que apareció en el momento supremo de la catástrofe, cuando el volcán de la ignominia hizo irrupción, y pasado el cataclismo en este mundo de lodo petrificado, no tuvo más destino que la emigración, el destierro, la prisión, el cadalso, ó llegar hoy como tú á la frontera de la patria á morir sobre una trinchera enemiga, lanzando el último grito como una águila marina azotando

el rudo peñón, deslumbrada por los relámpagos del cielo.

Generación engendrada en Atenas y nacida en Bizancio, cuyos antecesores habían vivido bajo Pericles, mientras á ella le tocó vegetar bajo la rueda de Narces. Liberales en un país donde la libertad había muerto; ciudadanos en un país en que no había república; pensadores cuando era un crimen pensar; filósofos cuando la filosofía era un delito; enamorados de un ideal cuando la idea era un fantasma; nacidos en un país y crecidos en una tribu, estos desheredados exóticos, no tuvieron más camino que la prisión, la emigración ó la tumba.

Todas tres cayeron sobre tí. Fuiste ungido con el óleo del dolor, del martirio y de la muerte.

¡Oh, noble carrera!

La vida digna, la muerte heroica. Vivir en el honor y morir por él. Sucumbir en el empeño sublime, sacrificado al amor que ha devorado toda la vida: el amor á la libertad.

Morir al pie del ídolo, sobre el ara sangrienta, con el cántico en los labios...

Desaparecer como Rómulo en la tempestad, en la embriaguez divina del combate, en el ensueño luminoso, dando el grito atronador, y sintiendo en las espaldas algo como la caricia de las alas que nacen...

Tornar la muerte pálida y hosca en roja y sublime; hacer de la sombra llamarada, del Gólgota

Thabor; prender la zarza en la cima y arrojar su nombre á la posteridad como el mago hebreo las tablas de la ley entre truenos y relámpagos.

¡Oh, gran muerte, la muerte tuya! Ella es la que hace recordar á la noble emulación de los ausentes aquellos versos de Homero, que recitados por un niño hicieron llorar á Mumnio en el sitio de Corintio:

¡Oh, tres y cuatro veces felices los griegos que perecieron ante los vastos muros de Ilión, sosteniendo la causa de los atriadas! Pluguiese á los dioses que yo hubiese cumplido mi destino el día en que los troyanos lanzaron contra mi sus jâvelots, mientras yo defendía el cuerpo de Aquiles. Entonces habria obtenido para mí los honores acostumbrados de la hoguera fúnebre y los griegos habrian hablado de mi nombre.

Sí, gloriosa emulación que aumenta la nostalgia de los que no tenemos el alma saturada del amargo egoísmo que destila aquel verso de Lucrecio:

*« Suave mari magno, turbantibus æquora vestus
E, terra magnum alternus spectare laborem. »*

..

Y, eras el testigo del recuerdo más doloroso de mi vida.

Fué sobre tu noble pecho, ese pecho cruzado

luego por balas asesinas, que recliné mi cabeza vacilante cuando cayó sobre mi alma el rayo que había de reducir á cenizas mis afectos, mis ambiciones todas del pasado.

¡ Jamás olvidaré aquel día !

Estaba enfermo y triste. Los médicos me enviaron al campo ; los amigos temían por mi vida.

Era tiempo de lluvias y el campo monótono y triste.

La sierra abrupta de árboles endebles, y en torno á la morada bosques de sicomoros bajo los cuales cuajaba sus frutos y abría sus flores pálidas y blancas el café.

Declinaba la tarde, una tarde brumosa y fría, que tenía palideces extrañas, y el sol velado por densas nubes se ocultaba sin dar el último beso á las grandes flores de noche que comenzaban á abrirse en la cresta de la cima y en la riva del arroyo ataviadas de blanco, silvestres desposadas del misterio.

En el corredor de la casa yo releía la carta, la última carta recibida de mi madre. No era su letra, era la letra de la mayor de mis hermanas, pero su espíritu, su noble y valeroso espíritu vagaba en esas páginas de tristeza infinita y de ternura inmensa.

„ Mi enfermedad avanza, me decía.

„ He cegado por completo y siento que no he de verte ya, pero quisiera antes de morir reclinarte

sobre mi corazón, acariciar á tientas tu cabeza, sentirte cerca de mí y cubrirte con mis besos. No me resigno á morir lejos de tí. Ven, hijo mio, ven.... Pero no, mi egoísmo te haría mal. Los vencedores son implacables. No vengas. Yo ruego á Dios que me conserve hasta que vuelvas á mi regazo. No quiero morir sin verte. Sí, yo te bendeciré por última vez aquí, antes de bendecirte desde el cielo. »

La tristeza de aquella carta me había sumido como en un ensueño doloroso.

Borráronse ante mis ojos los objetos y en temblorosa perspectiva se alzaron los mirajes de un valle querido, y allá la blanca casa y la sombra de mi madre imponente y hermosa, de ella que había sido el culto fervoroso de mi vida.

Y, la escena de aquella última mañana en que, rodeado de asechanzas, penetré en su aposento para decirle adiós ! Su grito, ese espantoso grito que resuena aún en mis oídos, el temblor de sus brazos, el frío de sus labios, aquella desesperación con que se abrazaba á mi cuello y aquellos besos que como nube de bendiciones caían sobre mi rostro y mi cabeza.

Pocos momentos después, la carrera precipitada, el dominar de la loma y la última mirada al paterno valle dormido aún en las postreras nieblas perezosas.

Y allí, en la puerta de la casa, ella como la esta-

tua del dolor extendiendo á mí sus brazos como para detenerme, sus manos temblorosas como para bendecirme y turbando con su lamento el silencio de aquel campo, sobre el cual en ondas pálidas el alba enviaba los primeros reflejos de su luz.

Y, su grito, aquel grito que ha sido la pesadilla de mis noches solitarias, el himno de mis nostalgias sombrías. Hijo mío !.... Hijo mío !....

Pasó el recuerdo.

Desperté de aquel ensimismamiento doloroso.

Alguien llegaba.

Eras tú, mi noble amigo, que venías de la ciudad cercana, y venías en busca mía. ¿Qué me querías?

Había tristeza y piedad en tu mirada, cariñoso dolor en tu expresión. Sentí temor. Nuestro diálogo fué corto, de una concisión esparciata: como de dos hombres que miden el dolor y el valor al propio tiempo.

Me extendías un telegrama que no abrí.

— ¿Malas nuevas?

— Sí.

— ¿Muerta?

Viendo que vacilaba aturdido, me tendiste los brazos, y fué en tu pecho, en tu noble pecho que cayó la última lágrima de mis ojos, salida del corazón el día que trepé á la cima del dolor.

Después, tú lo viste. Me envolví en el silencio y el pesar; en esta impasibilidad que ha sido calum-

niada de insensibilidad, en este aislamiento del dolor que se ha creído la cima del orgullo.

La gran evolución de mi carácter estaba hecha. Aquel día nací á otra vida.

Sentí el desgarramiento doloroso de algo que moría en mi alma; era toda la sensibilidad de mi pasado, que sollozaba como un niño moribundo y que expiraba luego.

Murió en mí el soñador, surgió el luchador. A las blancas virginales flores del ensueño, sucedió esta floración de pétalos rojos y sanguíneos del campo de la lucha.

Sobre la tumba de mi madre celebré mis nupcias definitivas con la libertad, á la cual había servido en los campos del combate.

Y, en aquella, como vela de armas, tú estabas presente, recibiendo mis confidencias y consolando mi dolor.

Ambos éramos jóvenes, vencidos, desterrados; comenzábamos esta vida que tú, más feliz, has abandonado primero, coronándola con un fin digno de tu nombre y de tu virtud.

Oh, mi noble amigo, mensajero inolvidable, consuelo en aquellos días trágicos, ¿quién pudiera pagarte esos cuidados, yendo allá al oscuro pueblo antioqueño, donde tu madre anciana solloza tu pérdida y acercándose á ella poder deslizarle en el oído palabras de paz y de consuelo !....

*
**

En tanto duerme, amigo mío. No arrullaré tu sueño con quimeras de poeta ni visiones de creyente.

No te hablaré de la Gloria, la Gracitud, la Inmortalidad : tres grandes mentiras.

Los partidos son volubles, los pueblos son ingratos, los hombres veneran el éxito y no el mérito.

Virirás en el corazón de tus amigos lo que ellos vívan.

Después pasarás.... No habrá para tí más inmortalidad que la inmortalidad de la materia. La Historia se conquista y se domina por la fuerza.

César, Alejandro, Napoleón la llenan casi toda, y eran la lascivia, la embriaguez, la perfidia ; pero asesinaron y flagelaron la humanidad y ella los ha hecho inmortales en premio de su azote. ¿ Quién repite el nombre de aquellos que frente á esos colosos de la fuerza, murieron en defensa del derecho ? La posteridad halla hecha la Historia y la consagra. La inmortalidad es tan duradera como la quietud de la ola.

El olvido es lo único real. Tú serás olvidado porque fuiste bueno.

Sobre tu tumba crecerá la ortiga y el silencio, centinelas de la grandeza muerta.

El viajero que remonta el Eurotas, buscando á

la falda del Taygeto, entre las ruinas de Esparta la tumba de Leonidas, regresa sin hallarla ; el tiempo arrebató aquel león de piedra que, según Hesiodo, decoraba esa tumba ; pero hallará un zócalo intacto en el cual podrá aún leer esta palabra : TEAÆMA. Es el pedestal de la estatua de la *Risa*, que Licurgo colocó entre los graves esparciatas.

Ha vivido más la carcajada que el heroísmo.

¡ Eso es la gloria !



